

PM 542

. 35

L3

v. 1

CURSO FAMILIAR

DE

LITERATURA

CONVERSACION PRIMERA

El germen de todo reside en las palabras.

(Poeta y filósofo indiano.)

I

Antes de formular la definición de la literatura, quisiera infundiros el sentimiento que esta palabra inspira, pues, á menos de ser una inteligencia pura, nadie acierta á comprender lo que no alcanzó á sentir.

CICERON, el varon mas literario de cuantos archivó la memoria humana, nos ha legado, relativamente á la utilidad y deleite que acarrea el estudio de las letras, una frase magnífica, con asomos de campanuda, y envuelta en inmensas circunvoluciones de retumbantes voces, que recuerdan el acompasado galope del caballo de Virgilio. A pesar de su belleza intrínseca, juzgo inútil repetiros esta frase altiso-

nante, pues solo os dejaría el recuerdo de una vana redundancia de período y una estéril cadencia de palabras, prefiriendo traducíroslo mediante la narración, la imagen y el sentimiento, para que esta misma narración, esta misma imagen y este mismo sentimiento la hagan penetrar por los tres poros de vuestra alma : el interés, la imaginación y el corazón ; y al mismo tiempo á fin que, al ver como pudo formarse en mí la impresión de lo que se designa bajo el nombre de literatura, y al comprender como llegó á ser esta impresión pasión en una edad y consuelo en otra, podáis contraer vos mismo la facultad literaria, resumen de todos los bellos sentimientos en el hombre llegado á la perfección de la naturaleza.

Permitidme que retrogrademos juntos á mis primeros y últimos años, y no olvidéis que no soy un profesor, sino un amigo que con vos platica familiarmente.

Así no extrañéis que insista y recargue sobre algunos recuerdos en que pueda arrastrarme el abandono de la conversación, ni que me aparte del camino recto y consiguientemente mas corto, si llego á divisar una vereda amena y florida por mas vueltas y revueltas que presente.

II

Arido y triste es el lugar de mi nacimiento, aunque vecino al curso del Saona, en cuyas aguas se pin-

tan por un lado los Alpes lejanos, y por otro ciudades opulentas y las mas risueñas aldeas de Francia ; pues cienientas colinas erizadas de calvas rocas que perforan un suelo arenisco, se interponen entre nuestros lugarejos y el dilatado horizonte formado por el Saona, la Bresa, el Jura y los Alpes, horizonte que tanto halaga la vista del viagero que recorre la orilla del rio.

Al pié, ó sobre las inclinadas faldas de estas colinas, elevanse, diseminadas aquí y acullá, reducidas poblaciones, cuyas blancas paredes, chatos techos, rojos tejados y campanarios negruzcos, juntamente con la carestía de agua, ausencia de árboles, enanas viñas y cercados de boj ó de piedras, recuerdan esos lugares rústicos de España, Calabria, Sicilia y Grecia, que, bajo un sol estival y un cielo de implacable azul, parecen humear al ojo como las bocas de horno en que cuecen los aldeanos el pan para su familia.

Oculto á la vista por el campanario y las rústicas chozas, elevábase la casa de mi padre, sin que nada la distinguiese de los demas cubos de piedra con sus correspondientes ventanas y armazon de tejas ennegrecidas por los inviernos, salvo un patio algo mas vasto y una huerta adjunta. Allí la vida era agreste y solitaria como el mismo albergue. Tal fué la casa en que yo nací y crecí, sin mas idea de nuestro planeta que las que podía sugerirme aquella escasa perspectiva limitada por dos ó tres moncecillos en que veía trepar cada mañana á las cabras y carneros

con los niños que apacentaban estos animales, en cuya compañía bajaban á la caída del día, para abastecer de leche á las familias de los lugareños.

III

Reducido en demasía era el ámbito en que podían campar mis ideas, y, á medida que con la edad medraba mi inteligencia infantil, se esforzaba en averiguar lo que existía mas allá de la montaña, si bien lo único que alcanzaba á distinguir mi vista, cuando subía hasta la cima en pos de los demás muchachos de mi edad que custodiaban los rebaños, no pasaba de algunas cuantas aldeas que blanqueaban allá á lo lejos en las colinas cercanas, ó humeaban por la noche en el puro azul del estrellado firmamento.

Entretanto mi madre, muger santa y superior, vigilaba atenta para ver, por decirlo así, despuntar mi pensamiento y consagrar á Dios sus primicias, como se busca el río en su origen ó manantial primitivo, para dirigir su cauce y bañar el prado que debe alfombrar la mullida yerba. Afanábase aquella muger piadosa para enseñarme á leer y formar una á una esas letras misteriosas que por su agregado componen la sílaba, las cuales cooperan á formar la palabra, y estas por su asociación las frases, cuyo conjunto despierta ¡ oh prodigio de transformación! el pensamiento. ¿ Como puede operarse tan maravillosa

metamorfosis, mediante el juego de un instrumento material llamado pluma, en una sustancia inmaterial é intelectual como el pensamiento? ¿ Y qué viene á ser este mismo pensamiento el cual, si bien de naturaleza agena, brota de los sentidos como la chispa del pedernal para iluminar las tinieblas? Necesario sería preguntarlo á aquel que sacó de la nada la materia y la inteligencia, y quien, mediante un fenómeno cuyo secreto le plugo reservarse, y por un misterio divino como su propio sér, comunicó á esta inteligencia y á esta materia la apariencia de una misma sustancia, si bien estableció entre ambas la imposibilidad de una identidad de esencia. Dios solo sabe los secretos de Dios, y á ningun otro sér es dado concebirlos. La union de la materia y del alma en la criatura humana, la transformación aparente de los sentidos en inteligencia, y de la inteligencia en materia, forman seguramente el mas sagrado á la vez y el mas pasmoso de cuantos arcanos pueden ofuscar la mente, fenómeno evidente como existencia, si bien fuera de toda esplicacion á causa de su naturaleza sobrehumana. En mi concepto debería escribirse en el frontispicio de todas las ciencias físicas y metafísicas, como igualmente en los confines de las cosas explicables: « ¡ Deteneos, pues estais á orillas de un precipicio! ¡ Contentaos con contemplar y adorar, mas no aventureis esplicacion alguna! ¡ Considerad que fuera de vuestro alcance se halla tan imponente misterio, y que á nadie es dado escalar el pensamiento de Dios! »

Igualmente quisiera ver inscrito el verso de Dante, tanto en lo concerniente á la naturaleza física, como en lo relativo á la naturaleza moral: «Vosotros que á estos límites tocais, perded toda esperanza de pasarlos.»

Lasciate ogni speranza o voi ch' entrate.

IV

Sea como fuere, ello es cierto que empezaba mi entendimiento á imaginar y á percibir que otras personas que habitualmente veía, pensaban mas que yo. Al mismo tiempo llegaba á comprender, no la naturaleza, sino el hecho de la transformación de los caracteres materiales que me veía obligado á trazar ó leer, en pensamiento inmaterial; como igualmente el fenómeno recíproco resultante de la transformación de este mismo pensamiento en caracteres, esto es, en libros. Mi primer respeto por el libro, *medio* sobrehumano en que se opera este fenómeno, me vino de donde emana toda revelación á los niños, esto es de la madre.

La mía atesoraba, juntamente con la piedad de un ángel en el corazón, la impresionable delicadeza que distingue la fisonomía de la muger, y su rostro en que se armonizaban la belleza de las líneas y la santidad de los pensamientos, me dejaba ver, mejor que las páginas mas elocuentes, el espectáculo de la

transformación casi visible de la inteligencia en expresión física, y de la expresión física en inteligencia. Esta unión íntima lleva el nombre de *fisonomía*, y conviene advertir que esta voz recibe cada día nuevas acepciones, porque nadie ha logrado aun definirla. En efecto, la fisonomía realiza este fenómeno visible si bien impenetrable: *el alma en el rostro, y el rostro en el alma*, fenómeno que, mejor que ningún otro, permite ver al hombre la unión de la materia y del espíritu, si bien la naturaleza le veda determinar en la fisonomía lo que pertenece á la materia y lo que compete al espíritu, no quedándole mas recurso que el de adorar y anonadarse en el misterioso límite en que se confunden ambas sustancias.

V

Veía á menudo á mi madre en su cuarto inundado por el sol en que reposaba los domingos despues de haber asistido á las ceremonias religiosas, ó se entregaba á sus labores femeninas los demas dias de la semana; y, al anochecer, cuando habia depuesto la aguja, la observaba tomar, en una mesita junto á su lecho, un tomo de devoción que le venia de su propia madre. Su fisonomía, de comun tan franca y expansiva, mudaba de repente de expresión y se recogía como la luz de una lámpara que protege encorbada la mano contra el viento que

hace vacilar su llama y amenaza apagarla. Como me era notorio este género de espresion, fácilmente colegia que se entregaba á una conversacion muda con una persona ausente, en términos que, sin necesidad de aviso alguno de su parte, guardaba el mayor recogimiento y respetaba su lectura.

En sus labios notaba apenas un movimiento ligero é imperceptible; pero sus ojos alternativamente fijados en la página ó levantados al cielo húmedos y fulgorosos, la palidez y el encarnado que inundaban alternativamente sus mejillas, sus manos que piadosamente unia en un momento de efusion despues de haber depuesto el libro en sus rodillas, la emocion que hinchaba su pecho y que á mí se revelaba por una respiracion mas fuerte que de costumbre, todo cooperaba para hacer inducir á mi inteligencia infantil, que la piadosa muger decia á este libro, ó que este libro le decia cosas que no me hallaba yo en estado de comprender, si bien interesantes sobremanera, pues la misma persona tan indulgente por naturaleza al tratarse de nuestros juegos, y de tan cariñosa solicitud para responder á nuestras preguntas, me daba á entender por señas que no interrumpiese su conversacion silenciosa.

VI

De este modo llegué á vislumbrar que existia en esos libros, hojeados dia y noche por las piadosas

manos de mi madre, una literatura sagrada, por la cual, mediante ciertas páginas que contenian secretos superiores á mi edad, el sér que oia llamar Dios conversaba con ciertas personas privilegiadas, y estas con Dios. Tal fué mi primer sentimiento literario, sentimiento que se confundió luego en mi mente con una atmósfera de santidad que parecia envolver á la santa muger á quien debo la vida, cuando abria ó cerraba esos misteriosos volúmenes.

VII

Pero pronto los primeros estudios de lenguas comenzadas sin maestro junto al hogar paterno, y mas adelante la disciplinada enseñanza de los profesores, me convencieron que existia un mundo de palabras y lenguas diversas : unas llamadas muertas, laboriosamente resucitadas por la posteridad deseosa de hallar un tuétano eterno en los huesos secos por el tiempo, y otras denominadas vivas y que efectivamente oia latir en torno.

Prescindiré de esos tiernos años en que quisieran los niños que no hubiese mas lengua que la que balbucean, lengua continuamente interrumpida por continuos besos y caricias en el seno de sus nodrizas ó en el regazo de sus madres. Estos años fueron tal vez mas amargos para mí que para otro infante de mi edad, pues, mientras mas mullido es el nido, mas frondoso

el árbol, y mas cálida el ala maternal, mas aborrece el pájaro las rejas de la jaula en la cual silba tonadas aprendidas que repite sin comprenderlas.

No obstante, á pesar de lo áspero del aprendizaje, empezaba á encontrar, de cuando en cuando, un placer severo al leer esas relaciones patéticas, esos bellos pensamientos que nos veíamos obligados á desenterrar palabra por palabra en las lenguas muertas, de las cuales parecía salir un soplo fresco y armonioso como el que deja exhalar una bóveda subterránea cerrada desde tiempo remoto, y cuya puerta se desmorona y cede á la acción de los instrumentos. Una imágen campestre ó un sentimiento pastoral de *Virgilio*, una estrofa de *Horacio* llena de gracia y cadencia, un discurso de *Tucidides*, una reflexión varonil de *Tácito*, un período elegante y sonoro de *Ciceron*, me producian un encanto indecible, trasportándome á otros tiempos, á otros lugares, á otros idiomas, y comunicándome un goce precoz de lo que, andando el tiempo, debía embelesar mi existencia. Esta época pasada, en tanto cuanto puedo recordarla, era una consonancia lejana aun y confusa, si bien una armonía latente resultante de un diálogo entre mi alma y las almas que me respondian al través de los siglos.

VIII

Desde aquel entonces, la literatura que tan espi-

nosa se me había presentado, me ofreció una satisfacción, que, si bien comprada algo caro, valia mil veces la pena impuesta para adquirirla.

Tal se pasaron los primeros años de estos estudios; mas al contento pasivo determinado por los primeros ensayos de composición literaria en griego, en latin y en francés, no tardó en agregarse el placer activo resultante de nuestra propia producción, del aplauso de nuestros émulos y maestros, de las reminiscencias de las composiciones antiguas cuya admiración nos había sido inspirada por nuestros superiores. Aun me acuerdo del primero de estos ensayos descriptivos que me valió la aprobación del profesor juntamente con el entusiasmo de la escuela.

Teníamos por tema libre y vago una descripción de la primavera en el campo. La mayor parte de mis condiscípulos, nacidos y educados en las ciudades, no conocian la primavera mas que por los libros. Así no es de extrañar que sus composiciones, algo banales, se hallasen atestadas de las imágenes convencionales derivadas de las *Bucólicas*, tales como el arroyuelo que murmura, los rebaños que balan, las avecillas que trinan, los zagales reclinados bajo un haya y acompañando sus canciones campestres con sus rústicos caramillos, las praderas salpicadas de flores en las cuales zumban enjambres de abejas y se cierne la mariposa incauta; en una palabra, todas esas primaveras eran griegas ó italianas, y se parecian entre sí como el mismo rostro repetido por veinte espejos diversos.